

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

BAJO EL SIGNO DE FLORA

A LA SOMBRA DE LOS CAMELIOS EN FLOR

En Villagarcía de Arosa tiene lugar este año el Concurso-Exposición Internacional de la Camelia. (De la prensa gallega.)

LEGA la camelia, una damita púdica entre flores que se mustia si sus pétalos se tocan, desde el Asia lejana a tierras galaicas. Es en el XVIII donde tantas cosas delicadas se producen. Acunada por la sonata de la lluvia, mimada en los «pazos», que se revisten con su belleza, y gentilmente aromada por el magnolio, otro maravilloso árbol exótico, la inodora camelia se esponja, se afina, crece en hermosura y se mira coqueta en los estanques antiguos, anhelantes de rostros lejanos. Dicen que existen cerca de cinco mil variedades. En el gran parque del «pazo» de Santa Cruz de Rivadulla, que es una tierra en estado de gracia, hay, entre cientos de distintas clases, ejemplares únicos y sorprendentes. Un antepasado de los marqueses que portan el título del hermoso «pazo», marino de la Real Armada, navegó, precisamente en el XVIII, por los cinco océanos, y trajo de Japón y Filipinas, América, China y Siam, enervantes especies botánicas que en el delicioso clima de esa tierra de

promisión, que es el valle del Ulla, prosperaron maravillosamente como en el mejor invernadero. Entre ellas, camelias de asombro, gala y ornato entre los bojés verdes y las cascadas y surtidores del jardín. Con el murmullo de estas cascadas, que se precipitan bajo los altos hedechos y el concierto de múltiples e invisibles pájaros, resbala, contra la cúpula verde de mirtos y camelios, suavemente, la luz como una esmeralda. Luego al caer la tarde, cuando el ruiseñor da la señal de la prima vera, se enciende, por encima del bosque y el jardín, el penetrante y carnal aroma que alumbran los grandes magnolios... Por cierto, que en el marco de ese puro milagro vegetal que es Santa Cruz de Rivadulla, redactó Jovellanos —gran fruto humano del XVIII—, en 1811, su famoso «Memorial», defendiendo a la Junta Central cuando la guerra de la Independencia. Cuadraban a la mente clara, armónica y ordenada de don Gaspar Melchor, la armonía y claridad de la agraria y floreal tierra del Ulla, donde se alzan, rientes, los más barrocos y dieciochescos «pazos» de Galicia.

En un hermoso «Kyoka» japonés, como nos recuerda Lafcadio Hearn, se compara el sonido de la camelia nipónica, al descender marchita la flor al suelo, con la caída de una cabeza humana bajo el golpe de la espada: «Cuando la ventisca nocturna sacude

al rojizo, coronado y viejo «Tsubako», entonces, una por una, van cayendo las ensangrentadas cabezas de las flores con el sonido de «hota-hota!». En el recato de los jardines provinciales que aún quedan entre la locura atropellada de la época, la errante luna de Laforgue, vagabunda de las noches por cielos de leche y de nácar, flirtea con la camelia, que muda de color:

«¿Hacemos, vagabunda luna, / de nuestras dos vidas, una?» Personalmente, la acaricio en el recuerdo como la flor de mi infancia, cuando los ojos se abren al milagro de las cosas. Mi jardín compostelano estaba esmaltado de camelios y camelias, tersas y hermosísimas bajo la lluvia de la primavera en agraz. ¡Cuántos ensueños debo a sus colores, blancos o rojos! A veces gustaba, y me turbaba, el oír el redondo son de su caída contra la tierra del jardín; como una cabeza decapitada. La camelia es también beaudelairiana, como los gatos y la luna, y literalmente, por culpa de Dumas, encursillada. Pero limpia y sola resulta perfecta, y con la magnolia y la rosa, la mejor decoración de los «pazos» gallegos. Aunque sea ¡ay! breve, como las ilusiones mejores.

José María CASTROVIEJO

MEMORIAS

BAROJIANA

A estas alturas, si alguna vez me animo a releer cosas de Pío Baroja, casi nunca elijo una novela. Ciertamente, sobre gustos no hay nada escrito —entiéndase: legislado— y cada cual es muy dueño de preferir lo que le cuadre. Por supuesto, no negaré que los relatos de Baroja tengan su atractivo: el de las «aventuras» y de las «mixtificaciones». Y menos aún que lo tenga para la clientela celtibérica, que, desde el «Zalacain» a «Aurora roja», pasando por las historietas de «Paradox», encuentra en ellos unos curiosos oportunidades de reflexión acerca de la vida local durante el XIX y principios del XX. Pero Baroja fue un novelista primario, elemental, sin consistencia. ¿Quién diría, por ejemplo, que es estrictamente contemporáneo de Proust? Se llevaban un año: don Pío nació en 1872, y el estuoso narrador de la «Recherche» en 1871. Entre ambos, sin embargo, media un abismo «cronológico», en cuanto a su «arte». En la hipótesis de que la comparación con Marcel Proust pueda parecer capciosa, me remito a Thomas Mann, que es del 1875. Proust, a su modo, revolucionó la técnica de la novela; Mann no dejaba de ser un novelista tradicional, como Baroja. Estas referencias resultan obligadas. Observo que los críticos y los eruditos españoles y sus homólogos hispanistas yanquis tienden a soslayarlas...

El «anacronismo» de Baroja se le hace penoso al lector actual. Galdós, o Blasco Ibáñez, incluso estaban más o menos, dentro de su época. Otra cuestión sería la de sus respectivos «tamaños», en un juicio pulcro e imparcial. Baroja, no. Ni Azorín, cuando intentaba novelar que, afortunadamente, fue bien poco. Lo de Unamuno, como novelista, merece distinguidos especiales. Y Valle Inclán se salva por el «esperpento». Algún día, alguien reconocerá que, al fin y al cabo, don Jacinto Octavio Picón, don Felipe Trigo, don Pedro Mata o don Alberto Insúa, no fueron «peores» que don Pío Baroja. Y hasta don José María de Pereda, si me apuran. Baroja murió en 1957. James Joyce le había precedido en la defunción nada menos que die-

ciséis años, y Franz Kafka treinta y tres. Joyce y Kafka eran unos diez años más jóvenes que Baroja. De la edad de éstos fue el señor Puig i Ferrater, lo advierto de paso. Puig, en definitiva, aún fue un novelista —a la antigua usanza— de brava entidad. La alusión de las fechas no es ninguna tontería. No, a nivel objetivo: del «tiempo» literario —de literatura— en que haya que situar a Baroja o a quien sea. Tampoco, en efecto, de cara al consumidor, que, lanzado a leer, difícilmente llega a olvidar la datación del papel que lee, y el contexto histórico a que pertenece.

El Baroja que me encanta, que me tienta a la relectura, es el otro: el de las «memorias», sobre todo, y el de los «ensayos». Precisamente porque no me exige que le encaje en la geografía de la novela, género —o no género, es igual— cuya vigencia descansa en una voluntad autónoma de creación y que por eso mismo, ha de atenerse a la dialéctica propia de esa perspectiva de trabajo. El tema, generalizado, se presta a largos comentarios. Los dejo para otra vez. Unas «memorias», en cambio, no pueden ser más que una reseña de acontecimientos únicamente válida por los hechos que recoge. Desde luego, cuenta, y mucho, la envergadura del escritor: del que las escribe en tanto que escritor. Pesa más, quizá, lo que recuerda. Ahí está Saint-Simon para demostrar la suerte de la coincidencia de las dos ventajas. Baroja no plicaba tan alto. Su mundo tampoco fue el de un estadista, el de un gangster o el de un cortésano chismorrero, ni el de un donjuán. Pero la pequeña fauna político-literaria, o ni siquiera eso, que conoció y evocó, es un pedazo apasionante de «sociedad española», y no puede sernos indiferente a quien hemos heredado los residuos de su poder y de su gloria. La pluma desabrida implacablemente arbitraria, vivaz, de Baroja, no perdona ni un detalle, por poco ignominioso que sea. El documento es importante.

En última instancia, Ruiz-Contreras, o Azorín, o cualquier diputado cuñero de la Restauración, tienen históricamente más interés que

Avinaretta. Desde determinado punto de vista, claro está. Las «memorias» de Churchill o del caballero Casanova serán más insígnies o más divertidas, no cabe duda; las de Baroja nos tocan más de cerca y ponen el dedo en la llaga, en una oscura llaga colectiva. ¡Qué gente! Empezando por el mismo. Y hasta podría afirmarse que lo mejor de sus novelas es lo que contienen de «memorias». Baroja fue un «energumeno» —y valga el término en su sentido menos aflictivo—: en una etapa u otra de su trayectoria, «energúmenos» fueron todos los hombres de la llamada «generación del 98». Algunos —Azorín, Maeztu, Benavente— les pasó la enfermedad; otros —Unamuno, Baroja— la cultivaron hasta el final. Todos comenzaron siendo ácratas socialistas —de los antiguos— o cosas por el estilo. En el caso de don Pío, la predisposición originaria, mantenida, le llevó a dar palos de ciego, a diestra y siniestra. El señor Giménez Caballero pudo montar una antología de textos barojianos con el título incisivo de «Comunistas, masones, judíos y demás ralea» —salvo error u omisión, esta era la retahíla—; otro «profiteur» habría hallado las máximas facilidades para confeccionar otra titulable «Carlistas, curas, frailes y demás ralea», o «Fascistas, burgueses, canónigos y demás ralea». Baroja era así.

En sus «ensayos» —la opinión divagatoria—, Pío Baroja todavía es más sugestivo. No hará falta apuntar que estos papeles pecan de «anacrónicos» en la misma medida que sus novelas, y me quedo corto. Bien mirado, lo que ideológicamente postulaba Baroja tenía su momento, no cuando él escribía, sino cuando aún no sabía escribir. Es puro siglo XIX. Su ingenio científicista la pasión anticlerical, la permanente incidencia anarcoide, todo ello formulado con nua energía primitiva, con argumentos drásticos, ya habrían sido inadmisibles en el París o en el Londres de su tiempo. En Madrid todo era distinto.

Y sigue siendo. Lo que Baroja combatía con un utilaje intelectual ya arcaico continúa

en pie, hoy, en buena parte. La fraseología ha variado, y no mucho. Las apariencias están en condiciones parecidas. Pese a los rasgos aparatosos de «progresia» que se hacen notar, la rutina integrista se sostiene con indiscutible solidez. Algunas actitudes ancestrales han renovado ligeramente la fachada, pero no han cedido un ápice de influencia, de tesón, de dominio. Las militancias de Pío Baroja hacen sonreír, ahora. Y sin embargo... Si: conservan, extrañamente, su virulencia de catequesis corrosiva.

En el calendario de la cultura española —y no creo que haya equívocos sobre la circunscripción—, Baroja tuvo que haber sido el paso siguiente a Larra. Es una manera de decirlo. Baroja inició su trabajo de escritor cincuenta o sesenta años después del suicidio de «Figaro». Entre uno y otro hubo mucha efervescencia «regeneracionista», pero nadie con la escritura sarcástica de Larra. Los del 98, cuando eran unos jóvenes insolentes buscaron la sombra de Larra como patronato y justificación. Sólo Baroja aguantó el tipo. Unamuno, desde muy temprano, se había desviado hacia la teología; Azorín se afiló al maurismo y a lo que se presentaba; Maeztu fundó «Acción Española». Todos murieron, prácticamente, en 1936. La supervivencia física e intelectual de Baroja merece los mayores respetos. Actualmente dispone de escasas admiraciones confesadas. No es cómodo para las derechas ni para las izquierdas. Personalmente, el asunto no preocupa demasiado, la verdad. Pero, de tarde en tarde, acudo a sus páginas con gratitud. Son una «lección de cosas» muy ilustrativa, en el marco del Ruedo Ibérico. Y además, ayudan a evitar el engaño cotidiano: nos colocan ante la evidencia de que el entierro de Larra fue anteayer, y que un positivismo tosco y de manual todavía escuece.

Joan FUSTER



CAJA DE AHORROS
Y MONTE DE PIEDAD
DE BARCELONA

OBRA SOCIAL

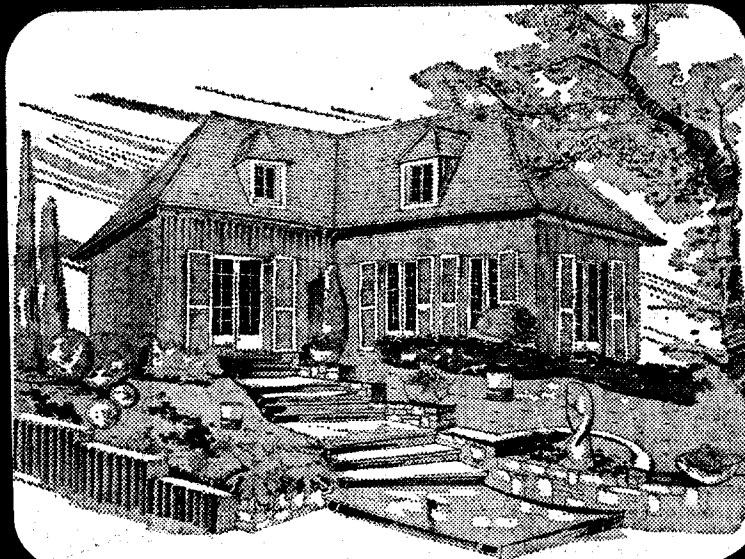
Se pone en conocimiento de todos los imponentes interesados en obtener para sus hijos plazas de las vacantes producidas en las Escuelas de la Obra Social de esta Caja de Ahorros; que pueden solicitar la información correspondiente en la Sección de Obra Social de la

OFICINA CENTRAL

Avenida Generalísimo Franco, 530

de 8 a 14 horas (Teléfono 218 94 00) y en la Administración de las propias Escuelas, antes del día 3 del próximo mes de mayo.

SU CHALET



EN BELLATERRA

ZONA RESIDENCIAL
DE GRAN PRESTIGIO,
PARA VIVIR TODO EL
AÑO EN PLENA
NATURALEZA,
y a sólo 25 minutos
de BARCELONA

CON TODOS LOS SERVICIOS
agua, luz, teléfono, calles
asfaltadas, club, colegios,
tenis, etc.

LA OPERACION CONSTA
DE DOS FACETAS:

- 1º Elegir el terreno
- 2º Construir el chalet deseado

FACILIDADES DE PAGO

CONSTRUCCIONES ALBANI, S.A.

DEL GRUPO DE EMPRESAS DE MUEBLES LA FABRICA

Avda. Generalísimo Franco, 415, 8ª planta. - Telfs. 218 00 01 - 218 00 28
Sr. OLIVERAS (tardes)